

¿Qué promesas tiene Dios para Ti? – Charles Spurgeon

El origen de los pactos divinos

El pacto divino constituye el fundamento de toda verdadera teología. Comprender la diferencia entre el pacto de obras y el pacto de gracia permite entender la relación entre Dios y la humanidad, así como el propósito de la salvación revelada en Jesucristo.

La humanidad estuvo originalmente bajo el pacto de obras, representada por Adán. Dios le entregó una ley perfecta que debía obedecer plenamente para permanecer en bendición y comunión con Él. Sin embargo, Adán falló, y con su caída arrastró a toda la raza humana a la ruina espiritual.

Desde entonces, ningún ser humano puede alcanzar la salvación por medio de las obras de la ley. El hombre ya está condenado bajo ese pacto y es incapaz de cumplir perfectamente la justicia divina. Por esa razón, si existe esperanza de salvación, debe venir mediante un plan completamente distinto.

El pacto de gracia en Cristo Jesús

La misericordia de Dios proveyó un nuevo pacto establecido en Cristo Jesús, llamado el segundo Adán. Así como Adán representó a la humanidad en la caída, Cristo representa a su pueblo en la redención.

En relación con Cristo, este pacto implicó también obras perfectas. Él debía obedecer completamente la ley divina y soportar el castigo correspondiente al pecado. Jesucristo cumplió ambas exigencias de manera perfecta.

El Señor vino al mundo sujeto a la ley, obedeció todo lo que el Padre demandaba y sufrió plenamente las consecuencias del pecado. Allí donde Adán fracasó, Cristo triunfó. Su obediencia recuperó aquello que el primer hombre perdió.

Ahora Dios concede gratuitamente las bendiciones de la salvación a todos aquellos que están representados en Cristo. La salvación ya no descansa en el mérito humano, sino en la gracia soberana de Dios manifestada en la obra terminada de Jesucristo.

La imposibilidad de salvarse por obras

Toda esperanza de salvación basada en esfuerzos humanos queda destruida. El hombre no puede justificarse a sí mismo porque ya ha quebrantado la ley divina y permanece incapaz de obedecerla perfectamente.

Sin embargo, existe un camino abierto para el pecador: creer en el Señor Jesucristo. Todo aquel que confía en Él participa de las bendiciones compradas por Cristo mediante su obediencia y sacrificio.

El creyente es visto por Dios unido a Cristo. La obediencia perfecta del Hijo de Dios le es atribuida, y por ello recibe bendición, aceptación y vida eterna.

La iluminación del Espíritu Santo

Entre las bendiciones del pacto de gracia se encuentra la iluminación espiritual. El Espíritu Santo derrama luz sobre la mente humana y permite comprender la voluntad de Dios.

Esta iluminación no es solamente conocimiento intelectual. Existe una diferencia entre entender ciertas verdades religiosas y amar verdaderamente la luz divina. El hombre

renovado recibe un nuevo entendimiento que lo lleva a deleitarse en aquello que agrada a Dios.

La ley divina comienza a ser escrita en la mente y en el corazón. El creyente desarrolla sensibilidad espiritual para distinguir entre el bien y el mal. Ya no confunde las tinieblas con la luz ni considera dulce lo amargo.

La obra del Espíritu Santo transforma profundamente la naturaleza humana. Lo que antes era amado comienza a ser rechazado, y aquello que antes era despreciado se vuelve deseable y precioso.

La ley escrita en el corazón

El pacto de gracia no consiste únicamente en enseñar mandamientos externos. Dios promete escribir su ley en el corazón de su pueblo.

Esta obra interior produce amor por la santidad y rechazo por el pecado. El hombre renovado aprende a deleitarse en la voluntad de Dios y a odiar aquello que Dios aborrece.

La transformación espiritual no puede ser producida por esfuerzo humano. Solamente Dios puede grabar su ley en lo más profundo del ser y cambiar las inclinaciones del corazón.

La gracia divina modifica los afectos, deseos y motivaciones del alma. La obediencia deja de ser una obligación externa y se convierte en un deleite interior.

El verdadero deseo de salvación

Muchas personas desean ser salvas únicamente para escapar del castigo eterno. Sin embargo, el pacto de gracia produce un deseo más profundo: ser libres del pecado y vivir en santidad.

Jesucristo realizó una obra perfecta para pecadores, y ahora

Dios obra en ellos mediante el Espíritu Santo, mostrándoles la belleza de la justicia y guiándolos hacia una vida transformada.

La santidad aparece entonces como una de las mayores bendiciones. El alma renovada encuentra gozo en la pureza y experimenta armonía con la voluntad divina.

Dios como el Dios de su pueblo

Una de las promesas más gloriosas del pacto es: “Seré a ellos por Dios”. Esto significa que Dios se convierte en Padre, protector, guía y refugio de aquellos que pertenecen a Cristo.

Dios es presentado como roca, fortaleza, torre alta y lugar seguro. En Él se encuentran provisión, consuelo, dirección y poder eterno.

Todos los atributos divinos son puestos a favor de su pueblo. La infinita sabiduría de Dios guía a los creyentes, su poder los sostiene y su amor los guarda.

Quienes han entrado en pacto con Dios por medio de Jesucristo poseen riquezas espirituales incomparables, aun cuando carezcan de bienes materiales.

El pueblo precioso de Dios

Dios considera a su pueblo como un tesoro especial. Los valora por encima de todas las riquezas y glorias de este mundo.

Incluso cuando sus hijos caen o se rebelan, el Señor continúa mostrándoles ternura y misericordia. Su amor permanece firme y constante.

Toda la creación existe finalmente para cumplir los propósitos divinos relacionados con los santos. El tiempo, las naciones y la historia avanzan hacia el cumplimiento del plan eterno de

Dios.

La necesidad de un interés personal en Cristo

La gran pregunta para cada persona es si posee una relación real con Cristo. No basta con ideas religiosas, emociones pasajeras o experiencias externas.

La evidencia del pacto se manifiesta en una mente iluminada, un corazón transformado y un amor creciente por la santidad.

Quien ha sido alcanzado por la gracia experimenta un cambio profundo de naturaleza. Comienza a odiar aquello que antes amaba y a amar aquello que antes despreciaba.

Si tal transformación aún no existe, la invitación permanece abierta para acudir a Cristo y recibir la gracia renovadora de Dios.

La fe en Cristo y la vida eterna

La bendición suprema del pacto es la vida eterna. Esta vida pertenece a todo aquel que cree verdaderamente en Jesucristo.

Creer significa confiar completamente en la obra terminada de Cristo, abandonar toda justicia propia y descansar únicamente en Él como Salvador.

La salvación no consiste simplemente en hacer posible que el hombre sea salvo. Cristo vino efectivamente a salvar a su pueblo, pagando plenamente la deuda del pecado.

La fe genuina siempre produce transformación interior. Donde hay verdadera fe, también aparecen amor por Cristo, odio al pecado y deseo de santidad.

La verdadera renovación espiritual

La salvación no consiste en ceremonias externas ni en modificaciones superficiales de conducta. El bautismo y las prácticas religiosas no pueden limpiar el corazón humano.

La verdadera obra del pacto ocurre dentro del alma. Dios purifica el corazón, cambia la naturaleza y renueva completamente al hombre interior.

El pecador necesita un corazón nuevo, y ese regalo proviene únicamente de Jesucristo. La nueva vida espiritual nace de la obra redentora realizada en la cruz.

Por eso, la invitación permanece vigente: mirar a Cristo, confiar en Él y clamar por una transformación verdadera producida por la gracia de Dios.

El consuelo y la esperanza del creyente

Quienes están en el pacto de gracia poseen una fuente inagotable de consuelo. Aunque enfrenten pobreza, pruebas o sufrimientos, tienen a Dios como herencia eterna.

El mismo Dios que cuida de la creación sostiene también a sus hijos y provee todo lo necesario para ellos.

La obra de Cristo no terminó en derrota. Su muerte en la cruz fue una victoria gloriosa mediante la cual aseguró la salvación de su pueblo.

Los propósitos eternos de Dios jamás serán frustrados. Cristo verá el fruto de su sufrimiento y reunirá a personas de toda nación, lengua y pueblo.

La perseverancia en la obra del Señor

La certeza de la victoria de Cristo impulsa a los creyentes a permanecer firmes y constantes en la obra del Señor.

El trabajo realizado para Dios nunca es inútil. El evangelio continuará alcanzando almas y el propósito eterno de Dios seguirá avanzando hasta el día final.

La gracia del pacto asegura que Cristo recibirá plenamente la recompensa de su sacrificio y que todos aquellos que creen en Él participarán eternamente de su gloria.